

## textos

### el presente

#### a la fuerza ahorcan

*Ignacio Castro Rey, Madrid, 8 de noviembre, 2006*

*La siega pasó, el verano acabó, mas nosotros no estamos a salvo.*

**Jeremías, 8, 20**

Dios aprieta y a veces ahoga, por eso podemos creer que una soga letal pende en Irak, y no sólo sobre el cuello de Sadam Husein. Que el "sátrapa mesopotámico" es tan despiadado, tan brutal y cruel como lo pintan las peores versiones, es algo que desgraciadamente no tenemos muchas razones para dudar. Que, sin embargo, jamás se le han dado tantos argumentos a un dictador para dignificarlo, para que su voz resuene alta y humana en millones de oídos, es algo que tampoco podemos dudar después de once meses de uno de los juicios más vergonzosos de la historia, donde los abogados de la defensa son asesinados impunemente y donde los jueces, en el Alto Tribunal aislado por EEUU en la Zona Verde de Bagdad, cambian al capricho de las fuerzas invasoras.

*¡Alahu Akbar!* (Dios es el más grande). "¡Larga vida a Irak! ¡Abajo los agentes de ocupación!". Es difícil que este simple mensaje no resuene en millones de musulmanes y de iraquíes, sean suníes o chiíes. A la sombra del dictador se suma tal infamia del poder que lo juzga, que éste tiene que apagar de vez en cuando las cámaras para no hacer el ridículo mundial. Este juicio tiene que acabar, más aún con el precedente -por lo demás, tan distante y tan distinto- del caso Milosevich.

Desde hace un tiempo todo lo que ocurre en Irak es parte del consumo interno de "la mayor democracia del mundo", como gusta decir nuestra clase política. En realidad, ¿hay en Occidente algo que no sea de consumo interno? ¿Para qué sino es "global"? Así, en vísperas de unas legislativas donde su continuidad está seriamente amenazada, Bush necesitaba algún movimiento de pieza, una decisión firme que pareciera fijar algo positivo en el fiasco en que se ha convertido la campaña militar para inyectar la democracia y salvar a los iraquíes de sí mismos. De ahí la alegría de los republicanos ante la noticia de la sentencia y la incomodidad de los demócratas. Camino de un acto de campaña en Nebraska, sobrevolando el mundo desde el Air Force One -como acostumbra a hacer, también durante el Katrina- Bush considera que la sentencia es "un hito en los esfuerzos del pueblo iraquí para sustituir el imperio de un tirano por el imperio de la ley".

Hace falta valor, despreciar monstruosamente las vidas humanas que él mismo ha machacado para una declaración así. Hace falta ignorar lisa y llanamente el caos inmerso en el que han hundido al país, la posibilidad de que sean 600 mil los muertos civiles hasta ahora, con una media diaria espantosa. Aunque sólo fuera la mitad, el simple baile de cifras en torno a las víctimas en Irak, sumado a los casos de abusos, torturas y vejaciones -y sabemos de esto sólo lo que se ha filtrado en imágenes-, indican el desprecio absoluto por la población local que ejercen las fuerzas de ocupación, sean estadounidenses o británicas.

Supongamos que Sadam era tan sangriento como lo pintan las peores versiones. Pues bien, ¿es preferible el caos absoluto a una dictadura, es preferible la destrucción total y una guerra civil en ciernes?

Y no con dos, sino con cien bandos. No había un solo radical de izquierda durante la dictadura de Franco, ningún maoísta, anarco o trotskista, que apostase por la invasión y el apocalipsis ante a una dictadura donde, finalmente, las balas suelen venir de un lado y los muertos caer de otro. Quiero decir que en los tiempos de Sadam podías mandar a tu hija a buscar el pan y enseguida estaban de vuelta la niña, el pan y el cambio. Hoy, ni en Bagdad ni en ningún punto del mapa iraquí, nada de eso está asegurado.

No sólo Sadam, por tanto, sino que una soga firme aprieta el cuello de millones de iraquíes desde hace años. Es como un país sometido a las mil plagas bíblicas. Primero un tirano que nosotros -o sea, nuestra vanguardia natural, *America*- hemos criado y sostenido. Después, la devastadora invasión "internacional" que saquea -museos incluidos- uno de los países más antiguos de la tierra, uno de los más organizados de la región. Mataron a la gente a mansalva -como siempre, las mujeres y los niños primero-, asustaron, rompieron hábitos de vida y fuentes de riqueza, enfrentaron a etnias y tribus entre sí, a sunníes contra chiítas. En fin, la destrucción pormenorizada de una nación. La devastación es incontable desde que han llegado los *americanos* -hablan así, ignorando su propio Sur, mientras en Madrid nos lo creemos. Y no se trata de "violencia sectaria", de "violencia interétnica". La creciente balcanización del país ha sido buscada e impuesta por la presión militar de las fuerzas de ocupación que, además, son completamente ignorantes de lo que pudiera ser *la cultura* allí.

Es de suponer que, si la Democracia de corte occidental no se puede imponer, como parece, EEUU prefiera dejar un territorio fragmentado en trozos. Que además, jamás han entendido, nunca han admitido como nación o cultura. Igual que siempre, la invasión estadounidense se hace en nombre de una minoría oprimida -los kurdos, los chiíes-, pero para aniquilar a una mayoría -Irak- que para ellos es despreciable. Fuera de las potencias nucleares, sólo deben subsistir las pequeñas naciones turísticas, simpáticos clientes étnicos de las empresas multinacionales que hablan en inglés. Es, por otra parte, lo que desea el sagrado Estado de Israel.

Me avergüenza decirlo así, pero creo que una de las pocas garantías de que la administración *USA*, republicana o demócrata, deje algo que reconstruir en Irak, y que además no intente otra aventura en los países colindantes, es el número de soldados "americanos" muertos -unos pringados que le importan muy poco a sus políticos. No es alegre decirlo, cierto, pero los muertos -Sadam, los civiles iraquíes, los soldados del U. S. Army- son sólo dígitos en la balanza comercial de las naciones, en la balanza publicitaria de las políticas. Un baile de los distintos sectores en liza dentro del tablero mundial. Eso, exactamente eso explica que el movimiento pacifista contra la guerra de Vietnam naciera a raíz de las 60.000 bajas que el Vietkong puso sobre la mesa, como precio a la potencia ocupante.

Ramsey Clark, fiscal general de Estados Unidos entre 1967 y 1969, es un abogado y activista controvertido que participó en movimientos pacifistas contra las distintas guerras. Como estadounidense que es, y miembro además de la defensa de Sadam desde 2004 -cuando su lista de abogados defensores fue diezmada por un reguero de asesinatos impunes-, se atrevió a calificar el juicio de "burla a la justicia", poco antes de ser expulsado de la sala. Sin embargo, sigue siendo sospechosa, indicativa de lo *incestuoso* de nuestra estrategia política, la importancia que le damos a prestigiosos nombres *wasp*, sean de Amnistía Internacional o de Human Rights Watch, para diagnosticar cualquier acontecimiento iraquí. Después de todo, pertenecen a la misma cultura que es ferozmente xenófoba en relación a todas las otras culturas -me temo que Francia incluida-, a la nación que ha arrasado Irak y buena parte del mundo musulmán.

Y Europa, hay que decirlo, no tiene mucho más crédito. Se limita a dejar hacer, como siempre. Para el trabajo sucio ya está el amigo americano. Sólo habla de "cambiar de estrategia", pero la política, no

digamos la moral, es la misma. A Europa le preocupa el precio del petróleo, las relaciones con el cercano mundo árabe y que Oriente Medio se convierta en un *avispero*. Y esta palabra es todavía más significativa de lo que parece. Los otros, el Otro que es el mahometano para nosotros, siempre ha *zumbado* como un insecto en nuestros oídos. Por eso las víctimas, en Irak o en Palestina, no se cuentan. Como no se cuentan las ratas en una campaña de limpieza, por muy chirriante que sea su algarabía.

En este caso se arroja simplemente la masa hedionda de cadáveres a la incineradora. Entonces, ¿puede ser justa la impresión de que Sadam, aunque no se haya aceptado su genial idea de ser fusilado, sigue siendo un privilegiado? Al fin y al cabo va a ser ejecutado de manera selectiva, suerte que no han corrido medio millón largo de sus compatriotas.

Déspota ilustrado al estilo occidental, Él era nuestro hombre en la zona. Francamente, no nos molesta en absoluto que ahora esgrima el Corán y llame constantemente a la reconciliación de todos los iraquíes frente a los invasores. Porque además, un país se recupera de *cualquier* dictadura, y de ello nos sobran ejemplos. Ahora bien ¿se recuperará algún día Irak de lo que le han hecho ellos, esa panda de cobardes armados con la tecnología punta de la distancia?

¿La política norteamericana no es en realidad profundamente anticristiana, incluso *antisemita*, al menos si entendemos el semitismo como la *promesa* de heredar la tierra? La tierra, cualquiera, como promesa. Que Dios me perdone, pero ¿no hay un profundo carácter antirreligioso en la política estadounidense? Se alíen con quien se alíen, no soportan *el espíritu* de los sentidos, la encarnación de la trascendencia ahí, en la inmanencia de cada rostro, cada cultura, cada nación. Esto es lo que está detrás de este odio que década tras década se renueva. Ahora le toca el turno a Irak, pero sabemos que la lista ni ha empezado ni terminará ahí.

¿Son un imperio precisamente a este precio, el de despreciar *la tierra como cultura*? Podemos entonces imaginar otra escena. No será mañana, pero el día que aparezca una potencia mundial -es decir, nuclear- y que *además* sea capaz de conectar con la heterogeneidad de las culturas, de no entenderlas como un virus a aniquilar, ese día empezará a declinar el dictado mundial que hemos conocido bajo esta sonrisa azul erizada de barras y estrellas.